

lucion. Y como quiera que fuese, no se puede negar que andaba su providencia tan adelantada, y tan sobre lo posible de los sucesos, que tenia prevenido este lance, de suerte que ni los Tlascaltécas del ejército, ni la república de Tlascála, ni su mismo padre hicieron queja de su muerte: porque sabiendo algunos dias antes, que se desmandaba este mozo en hablar mal de sus acciones, y en desacreditar la empresa de México entre los de su nacion, participó á Tlascála esta noticia, para que le llamasen á su tierra con pretexto de otra faccion, ó se valiesen de su autoridad para corregir semejante desorden: y el Senado, en que asistió su padre le respondió, que aquel delito de amotinar los ejércitos era digno de muerte, segun los estatutos de la república, y que así podria, siendo necesario, proceder contra él hasta el último castigo, como ellos lo executarian si volviese á Tlascála, no solo con él, sinó con todos los que le acompañasen: cuya permission facilitaria mucho entonces la resolucion de su muerte, aunque sufrió algunos dias sus atrevimientos, sirviendose de los medios suaves para reducirle. Pero siempre nos inclinamos á que se hizo la execucion fuera de Tezcúco, segun lo refiere Bernal Diaz: porque no dexaria Hernan Cortés de tener presente la diferencia que se debia considerar entre ponerlos delante un espectáculo de tanta severidad, ó referirles el hecho despues de suce-

Tenia Cortés prevenido este lance.

Avisa de su inquietud á la república,

y lo responden que le quite la vida.

Fuera temeridad castigarle á vista de los suyos.

dido: siendo máxima evidente, que abultan mas en el ánimo las noticias que se reciben por los ojos, así como pueden menos con el corazon las que se mandan por los oidos.

CAPITULO XX.

ECHANSE AL AGUA LOS bergantines, y dividido el ejército de tierra en tres partes, para que al mismo tiempo se acometiese por Tacúba, Iztapalápa, y Cuyoacán, avanza Hernan Cortés por la laguna, y rompe una gran flota de canoas Mexicanas.

NO se dexaban de tener á la vista las prevenciones de la jornada, por mas que se llevasen parte del cuidado estos accidentes. Ibanse al mismo tiempo echando al agua los bergantines: obra que se consiguió con felicidad, debiendose tambien á la industria de Martin Lopez, como última perfeccion de su fábrica. Dixose antes una Misa de Espíritu Santo, y en ella comulgó Hernan Cortés, con todos sus Españoles. Bendixo el Sacerdote los buques: dióse á cada uno su nombre segun el estílo nautico: y entretanto que se introducian los adherentes, que dan espíritu al leño, y se afinaba el uso de las xarcias y velas, pasaron muestra en esquadron los Españoles, cu-

Echase al agua los bergantines.

Constaba el ejército de novecientos Españoles, de ochenta y seis caballos, y diez y ocho piezas de artillería. yo ejército constaba entonces de novecientos hombres: los ciento y noventa y quatro entre arcabuces y ballestas; los demás, de espada, rodela y lanza, ochenta y seis caballos, y diez y ocho piezas de artillería, las tres de hierro gruesas, y las quince falconetes de bronce, con suficiente provision de polvora y balas.

Capitanes de los bergantines. Aplicó Hernan Cortés á cada bergantin veinte y cinco Españoles con un Capitan, doce remeros, á seis por banda, y una pieza de artillería. Los Capitanes fueron, Pedro de Barba, natural de Sevilla: García de Holguin, de Cáceres: Juan Portillo, de Portillo: Juan Rodriguez de Villafuerte, de Medellín: Juan Jaramillo, de Salvatierra, en Extremadura: Miguel Diaz de Auz, Aragonés: Francisco Rodriguez Magarino, de Merida: Christoval Flores, de Valencia de Don Juan: Antonio de Caravajal, de Zamora: Gerónimo Ruiz de la Mota, de Burgos: Pedro Briones, de Salamanca: Rodrigo Morejon de Lobera, de Medina del Campo: y Antonio Sotelo, de Zamora: los quales se embarcaron luego, cada uno á la defensa de su baxel, y al socorro de los otros.

Divide Cortés en tres trozos el ejército. Dispuesta en esta forma la entrada que se habia de hacer por el lago, determinó, con parecer de sus Capitanes, ocupar al mismo tiempo las tres calzadas principales de Tacúba, Iztapalápa, y Cuyoacán, sin alargarse á la de Suchímilco, por excusar la desunion

de su gente, y tenerla en parage que pudiesen recibir menos dificultosamente sus órdenes. Para cuyo efecto dividió el ejército en tres partes, y encargó á Pedro de Alvarado la expedicion de Tacúba, con nombramiento de Gobernador, y Cabo principal de aquella entrada, llevando á su orden ciento y cincuenta Españoles, y treinta caballos, en tres compañías, á cargo de los Capitanes Jorge de Alvarado, Gutierre de Badajoz, y Andres de Monjaraz, dos piezas de artillería, y treinta mil Tlascaltécas. El ataque de Cuyoacán encargó al Maestre de Campo Christoval de Olid, con ciento y sesenta Españoles en las tres compañías de Francisco Verdugo, Andres de Tapia, y Francisco de Lugo, treinta caballos, dos piezas de artillería, y cerca de treinta mil Indios confederados. Y ultimamente cometió á Gonzalo de Sandoval la entrada que se habia de hacer por Iztapalápa, con otros ciento y cincuenta Españoles á cargo de los Capitanes Luis Marin, y Pedro de Ircio, dos piezas de artillería, veinte y quatro caballos, y toda la gente de Chalco, Guaxocingo y Cholúla, que serian mas de quarenta mil hombres. Seguimos en el número de los aliados que sirvieron en estas entradas la opinion de Antonio de Herrera; porque Bernal Diaz del Castillo dá solamente ocho mil Tlascaltécas á cada uno de los tres Capitanes, y repite algunas veces, que fueron de mas embarazo que servicio; sin decir donde

Pedro de Alvarado en la calzada de Tacúba.

Christoval de Olid en la de Cuyoacán.

Gonzalo de Sandoval en la de Iztapalápa.

Bernal Diaz disminuye los confederados.